

obra para alimentarte y para darte fuerzas para alcanzar la gloria, debes esperar con toda seguridad y sin temor, que también podrá mudar y cambiar de tal modo tu corazón, que le trueque de pesado para las cosas de Dios en ligero para todo lo que exija el divino servicio, de flaco en fuerte, de tibio en fervoroso; y podrá también mudar todas las cosas que te rodean, si así te conviene para tu bien, y así podrá hacer que cesen tus tentaciones, que dejes de sentir la repugnancia para las cosas de virtud, que acaben de perseguirte los enemigos con sus ataques; por lo cual debes estar cierto que si estas gracias no te son concedidas, débese, sin duda, porque no conviene para tu bien. ¿Por qué dudas aún del poder de Jesús? ¿Cómo no acudes á Él con toda confianza? ¡Oh Jesús omnipotente! Al ver que para sustentar á un vil gusanillo como es el hombre, trastornáis el orden de la naturaleza, guisando con nuevo modo la disposición de vuestro cuerpo, para acomodarle á la pequeñez de vuestro esclavo, despiértase en mí una sólida confianza en vuestro poder. Trocadme, Señor, en otro varón, cambiad mis inclinaciones y deseos, á fin de que todo mi gusto y contento sea serviros y agradaros por todos los siglos.

Punto 3.º *En el divino Sacramento brilla la bondad de Jesús y su celo por la salvación de las almas.*—Considera cómo en este divino Sacramento se manifiesta y descubre no menos la infinita bondad y caridad de Cristo nuestro Señor con las mayores muestras que pudo dar de ella, para tu sustento. Porque así como el Padre Eterno mostró su bondad y caridad en dar al mundo para su remedio la cosa más preciosa que tenía, que era su divino Hijo, y con Él nos dió todas las cosas, para que fuese copiosa nuestra redención; así el Hijo de Dios mostró su bondad y caridad en darnos para nuestro sustento la cosa más preciosa que tenía, que era á sí mismo, y su precioso cuerpo con todo cuanto dentro de él estaba, como si un rey tuviera un cofre muy rico, lleno de grandes tesoros de oro y plata, perlas y joyas de inestimable valor, y dijese á uno: «Toma este cofre para ti», dándole el cofre, le da cuanto está dentro de él; así nuestro soberano Rey, dándote su cuerpo y carne santísima, te da también su sangre, su alma, su divinidad, y los tesoros de sus merecimientos y satisfacciones, para que goces de ellas, queriendo estar siempre contigo, y ser tu compañero, tu convite y regalador perpetuo. En todo lo cual resplandece también admirablemente el celo ferventísimo que tiene este Señor de tu salvación, inventando tal medio, para aplicarte Él mismo los frutos de su Pasión, de suerte que pueda ya decir: «El celo de tu casa me comió»; porque, no solamente me comió y consumió la honra, hacienda y vida, sino me hizo comedero, y que me dejase comer, para dar salud y vida á los que moran en mi casa. ¡Oh Amado mío! ¿Con qué podré responder á tanta bondad, caridad y celo como

mostráis en este Sacramento? Vos me dais lo mejor que tenéis; yo quiero daros lo mejor que tengo: Vos me dais á Vos mismo y á todas vuestras cosas; veisme aquí; yo os ofrezco á mí mismo y á todas mis cosas, mi cuerpo, mi alma, mi sangre y mi vida, y cuanto puedo tener ofrezco á vuestro servicio.

Epílogo y coloquios. ¡Cómo resplandecen las infinitas perfecciones de Jesús en la institución de la sagrada Eucaristía! Aquí brilla su divina sabiduría que, en la invención de este medio para sustentar al hombre, parece que ha llegado al supremo grado de lo que puede idear, pudiéndose decir que, siendo Jesús sapientísimo, no supo inventar una cosa más excelente. Brilla la omnipotencia que tiene en cuanto Dios, porque, siendo omnipotente, no pudo hacer cosa más grande. Brilla su inmensa caridad, porque nos da lo mejor que nos puede dar, y siendo riquísimo en misericordia, no le quedó otra cosa superior con la que nos enriqueciera. Brilla, en fin, el ardiente celo que siempre tuvo por la salvación de los hombres, obligándose perpetuamente á servirles de comida espiritual con que se sustenten, fortalezcan, y vayan creciendo hasta llegar á lo supremo de la perfección, pudiéndose decir, no ya solamente que el celo de la felicidad de los hombres le comió y devoró, sino que le convirtió en comida, para con ella alimentarlos y comunicarles sus cualidades. Ante tales prodigios de la inmensa bondad de tu Salvador, ¿qué debieras tú hacer? Si Él agota, por decirlo así, su sabiduría, omnipotencia y bondad para sustentarte, ¿por qué tú no empleas todas tus facultades para amarle y servirle? ¿Tu memoria para acordarte de Él? ¿Tu entendimiento para contemplar sus grandezas y perfecciones? ¿Tu vida entera para su servicio? Medita bien esta grave obligación que sobre ti pesa; y para cumplirla, forma los propósitos convenientes, dirige al Señor fervientes súplicas, y no olvides el pedir por todas las obligaciones y necesidades propias y ajenas.

21.—GENEROSIDAD DE JESÚS EN LA CONSAGRACIÓN.

PRELUDIO 1.º Jesucristo consagró el pan, diciendo: «Esto es mi cuerpo, que será entregado por vosotros».

PRELUDIO 2.º Representate á Jesús en este acto sublime.

PRELUDIO 3.º Pide luz para conocer la generosidad infinita de Jesús encerrada en estas palabras.

Punto 1.º *Jesús nos da su propio cuerpo, no una figura ó representación de él.*—Considera cómo Jesucristo, por medio de las palabras de la consagración, convirtió el pan en su propio cuerpo. Por este motivo, al consagrar, no dijo: «Esto es figura ó representación de mi cuerpo», sino «esto es mi cuerpo real y verdadero»; para declarar la presencia real de su cuerpo santi-

simo, y dar muestras excelentísimas de su misericordia y providencia paternal. Porque en realidad de verdad, para lo que es santificar y sustentar al hombre espiritualmente, bastara que este Sacramento fuera puro pan, en cuanto representaba á Cristo, así como agua pura en el bautismo nos lava y santifica; pero la infinita caridad de Cristo no se contentó con esto, sino quiso Él mismo, por su propio cuerpo y por su propia persona, estar en este Sacramento, y santificarte, para manifestación del amor que te tenía, y del cuidado con que tomaba tu regalo y sustento; porque lo que uno hace por sí mismo, hácelo con mayor amor, con más compasión y con más diligencia y providencia, como la madre que estima y ama mucho á su hijo, no consiente que otra ama le críe, ni quiere que sea sustentado con leche ajena, sino ella misma le cría con leche de sus pechos, y se los da muy tierna y amorosamente, con muy gran cuidado y compasión de su necesidad. De este modo, y por este motivo, ha querido quedarse Jesús personalmente en el Santísimo Sacramento, obligándote á que le correspondas con la ternura y amor de un hijo, teniendo todo tu consuelo y contento en estar con Él, anteponiéndole á todo el mundo y sintiendo vivamente el haberte apartado de Él con el pecado, y haciendo mil protestas y promesas que jamás le has de abandonar. ¡Oh Padre amantísimo! ¡Oh Madre y ama mía piadosísima! ¿Cómo no me deshago en servirlos con amor, haciendo por Vos lo que Vos hacéis por mí? No me contentaré ya con sólo hacer lo que me mandáis, sino que lo haré de tal modo, que cumpla perfectamente lo que me aconsejáis. Loco, insensato y criminal he sido las veces que os ofendí; quisiera borrar con mi sangre todos mis pecados, viendo que con vuestra carne venís á fortalecer mis debilidades y flaquezas. ¡Oh alma mía! Admira la bondad y ternura de Jesús. ¿No corresponderás á ella?

Punto 2.º *Jesús nos da todo su cuerpo, no una parte de él.*—Considera cómo Jesucristo, por medio de las palabras de la consagración, puso todo su cuerpo entero en toda la hostia y en cada parte de ella. Y así, no dijo: «Esto es parte de mi cuerpo ó de mi carne», sino «este es mi cuerpo todo entero y perfecto». Cierto es que cualquiera partecica de su carne bastara para santificarte; pero quiso poner allí su cuerpo entero¹, su cabeza, ojos, oídos, boca, lengua, pecho, corazón, manos y pies, para significar que con sus miembros sacratísimos quería santificar todos los miembros del que le recibe, y sanar á todo el hombre entero. Con sus ojos quiere santificar los tuyos, con su corazón el tuyo, con sus manos las tuyas, á la manera que el profeta Elíseo, para resucitar al niño difunto, se encogió y juntó sus ojos, boca y manos con las del niño, y así le dió vida.

¹ Véase la nota de la meditación 11, pág. 939.

Por esto, cuando te acerques á recibirle ó á visitarle, recordando esta verdad, has de presentar á Jesús las faltas, debilidades y necesidades de todos tus miembros y sentidos, pidiéndole que Él mismo, con los suyos, los remedie, al modo que, cuando un médico se llega á visitar á un enfermo, éste le hace la relación de toda su enfermedad. Dile que mire tus ojos, tan sueltos para mirar lo que no deben, y tan rebeldes para sujetarse á las leyes de la modestia religiosa, y que con los suyos los santifique; que mire tus oídos, tan abiertos para todo lo que es vanidad y sensualidad, y tan duros para escuchar los sermones, correcciones y avisos, y que con los suyos los corrija; que mire tu lengua tan amiga de parlerías, murmuraciones y vanidades, y tan torpe para la oración y confesión de sus propias faltas, y que por la santidad de la suya, la mejore y perfeccione. Así debes ir recorriendo el corazón, las manos y pies, y demás potencias y sentidos. ¡Oh dulce Jesús! Pues os habéis encogido tanto en este Sacramento para dar vida á mi alma, libradla por vuestros sentidos de la muerte que le entra por los suyos. Abrid vuestro pecho y dilatad vuestro corazón, y metedme dentro de él, para que todo me encienda y abra en el fuego de vuestro amor. Admirado os contemplo en ese Sacramento, y os suplico santifiquéis mi alma con sus potencias, y mi cuerpo con todos sus miembros, porque no es justo que, siendo tan pecador como soy, haya de ser morada del Dios de la santidad.

Punto 3.º *Jesús en el Sacramento nos da aquel cuerpo que se entregó á la muerte por nosotros.*—Considera en este punto la última palabra de la consagración, en la que dice Jesús de su cuerpo, «que se da, ó se entregará por vosotros». Con ella se da manifestamente á entender que allí está aquel mismo cuerpo, que había de ser vendido y entregado á la muerte por ti, y que Él mismo se entregaba para ser comido de ti, y uno y otro efecto proceden del mismo amor que este Señor te profesa. Porque te amó, se dió á sí mismo por comida de tu alma; y porque te amó, se entregó á sí mismo por precio de tu rescate y por Hostia expiatoria de tus pecados. Considera, pues, en el cuerpo glorioso de Jesús, que está en el divino Sacramento, las señales de las cinco llagas y de la corona de espinas que quedaron grabadas é impresas en Él después de la resurrección, y recorriéndolas todas, has de despertar fervorosos afectos de amor de Dios, dolor de pecados, confianza en la divina misericordia, y propósito firmísimo de no ofender á un Señor que tanto ha hecho y sufrido por ti. Mira que, comiendo á la mesa de un Dios crucificado, y alimentándote de un manjar que, aunque es vivo, ha sido antes muerto para ti, no es justo que busques con afán los deleites y contentos de la carne, sino que has de llevar impresas también en tu corazón y en tu cuerpo las llagas de tu dulcísimo Señor, á fin de que en ti se manifieste la vida de Jesús, como

dice san Pablo; y así, has de abrazarte con la penitencia y mortificación, crucificando tu carne con sus concupiscencias y pasiones desordenadas. ¡Oh cuerpo santísimo de mi Salvador, que fuiste en la cruz traspasado con clavos y lanza, recibiendo cinco llagas muy crueles, y ahora estás en el cielo y en este Sacramento con las mismas muy resplandecientes! Yo te adoro, alabo y glorifico, y te suplico por esas llagas que cures las mías, y por los dolores que por ellas padeciste, me des amor á la mortificación y penitencia, y así me disponga para subir á la gloria. ¡Oh alma devota! Mira con los ojos de la fe las llagas de Jesús que está en el Sacramento. ¿No oyes cómo por ellas, como por otras tantas bocas, te predica el amor de Dios, la obediencia y demás virtudes?

Epílogo y coloquios. ¡Oh! ¡Quién no se admira del amor de Jesucristo! Ya que deseaba alimentarnos por medio de un Sacramento, hubiera bastado, sin duda, que sólo hubiese sido una figura ó representación de su cuerpo, á lo menos para causar en nosotros este efecto y resultado. Mas no quedaba satisfecho el amor de Jesús, y así quiso quedarse Él mismo real y verdaderamente en este Sacramento, á fin de no fiar á otro el cuidar de nuestro sustento, regalo y vida. ¡Oh amor verdaderamente divino! Si se hubiera á lo menos contentado con distribuir su cuerpo entre sus discípulos, dando una partecica á cada uno, con esto ya cumplía su deseo de alimentarnos por sí mismo; y ciertamente que la más insignificante partícula hubiera bastado para nuestra completa sustentación; pero tampoco llenaba esto los deseos de Jesús, y así quiso quedarse, á modo de substancia, estando Él en toda la Hostia y en cada parte de la misma, de modo que si comes un solo fragmento de ella, recibes ya á todo Cristo; á aquel mismo que por tu amor quiso ser vendido por su ingrato discípulo, entregado á la muerte, y puesto en una cruz, y que, después de muerto, resucitó con las señales de las cinco llagas, las cuales conserva aún en el cuerpo glorioso que ha querido dejar en este Sacramento. Fija los ojos de la fe en este divino manjar; habla con Jesús, desahogando tu corazón en fervorosos afectos, acompañándolos de aquellos propósitos que de ti exigen el amor que Jesús te profesa y la correspondencia que tú le debes. No olvides el pedir confiadamente todo cuanto pretendas alcanzar para ti y para todos aquellos que se han encomendado á tus oraciones.

22.—COMUNIÓN DE JESÚS Y DE LOS APÓSTOLES.

- PRELUDIO 1.º Jesús dió la comunión á los Apóstoles, y se comulgó á sí mismo.
 PRELUDIO 2.º Representate á Jesús con la sagrada forma en sus divinas manos distribuyéndola á sus discípulos.
 PRELUDIO 3.º Pide la gracia de imitar la reverencia y devoción de los Apóstoles en esta su primera comunión, y sobre todo la de Jesús.

Punto 1.º Reverencia y devoción de los Apóstoles en esta su primera comunión.—Cristo nuestro Señor, después de haber consagrado el Santísimo Sacramento, lo distribuyó á sus Apóstoles, para que le comiesen, y ellos, con la más profunda reverencia y con devoción altísima, tomaron aquel benditísimo pan y le comieron. Considera cómo el divino Maestro haría en este momento otro milagro de su omnipotencia en los entendimientos y corazones de aquellos rudos pescadores y discípulos imperfectos, ilustrándolos con una lumbre extraordinaria, para que, con viva fe, certísimamente creyesen que lo que estaba bajo de aquellas apariencias de pan, era el mismo cuerpo de Jesucristo. Iluminados con tal resplandor de luz divina, se encogerían humildemente y temblarían de tomar en sus manos aquel celestial manjar; pero, animados con las palabras del Salvador, lo llegarían á sus labios, lo besarían con ternura y lo comerían, por una parte temblando de respeto, y por otra gozándose con amor, por meterlo dentro de sus entrañas. Pondera aquí también cuán grande fué la dicha que tuvieron los sagrados Apóstoles de poder recibir los primeros á Jesús sacramentado; con qué emulación santa les mirarían los ángeles que estaban en el cielo y los que no se separaban nunca de la compañía del Hijo de Dios para asistirle y servirle; por cuán dichosos se tendrían ellos con haber comido este alimento celestial, y cómo no envidiarían la suerte de sus padres que habían comido el maná en el desierto; cómo se mirarían unos á otros sin decir una sola palabra, estando sus espíritus embargados en la contemplación de las palabras y acciones de su Maestro y de aquel pan vivo que delante de sí tenían. ¡Oh Apóstoles sagrados! ¿Qué pasaba por vuestro corazón cuando resonaban en vuestros oídos las divinas expresiones de Jesús, y cuando vuestros entendimientos se hallaban inundados con la abundancia de la luz celestial, que os descubrió la grandeza de aquel misterio de amor? ¿Qué reverencia tan profunda sentiríais! ¿Qué amor tan vivo! ¿Qué deseo tan intenso! ¿Qué devoción tan ardiente! Suplicad á vuestro Maestro y mío me dé el santo amor y temor con que comulgasteis, para que le reciba con el provecho con que le recibisteis.

Punto 2.º Dulzura y afectos maravillosos de los Apóstoles al recibir á Jesús.—Considera aquí la grande dulzura y afectos maravillosos que sintieron los Apóstoles en aquella primera

comunión; los cuales sin duda fueron tan excelentes, que por ellos conocieron la excelencia y dignidad infinita de aquel divino manjar, probando por experiencia la diferencia del sabor y gusto de aquel divino pan, al que poco antes habían comido. Sólo el desventurado Judas no halló sabor en esta comida, porque la tomó sin fe, sin devoción ni reverencia. Para sentir más esto, puedes piamente discurrir por los once Apóstoles, ponderando el modo cómo comulgaban. San Pedro avivaría allí su fe, diciendo á lo que estaba encerrado en aquel pan: «Tú eres Cristo, Hijo de Dios vivo». Y Cristo nuestro Señor le pudo interiormente responder: «Bienaventurado eres, Simón, hijo de Juan, porque no te lo ha revelado carne ni sangre, sino mi Padre que está en los cielos». Y cuando Cristo nuestro Señor le diese el pan consagrado, con esta viva fe, llena de reverencia, diría dentro de sí: «Apártate de mí, Señor, que soy un gran pecador»; pero por obedecer, le tomaría y comería. En san Juan puedes considerar cómo avivaría los afectos de amor, viendo que su Maestro, no solamente le pegaba consigo, sino que se quería entrar en su propio corazón; y quedó tan absorto y con tanto éxtasis de este excesivo amor, que, acabada esta cena mística, se reclinó sobre su divino pecho, durmiendo el dulcísimo sueño de la contemplación. ¡Oh! ¡Quién pudiera tener tal fe como Pedro, y tal amor y caridad como Juan, para recibir con ellos á mi Señor! ¡Oh! ¡cuán bien les pagó el Señor el trabajo que tuvieron en aparejar la cena del cordero, porque, como á más queridos y fervorosos, les daría mejorada la ración! ¡Oh Apóstoles gloriosos! Alcanzadme este espíritu con que comulgasteis, para que goce también de la dulzura de que gozasteis. ¡Oh alma mía! Estudia en estos fervientes discípulos y aprende el modo de llegarte dignamente á la santa comunión. ¿Avivas para esto tu fe? ¿Enciendes en ti la llama del amor?

Punto 3.º *Jesús se comulgó á sí mismo.*—Considera en este punto cómo Cristo nuestro Señor, según dicen comúnmente los santos, tomando un bocado de aquel pan, se comulgó á sí mismo. Esto hizo primeramente para animar á los Apóstoles á que no temiesen recibir aquel pan vivo, viéndole á Él que le tomaba; porque tal debía de ser el temor santo de ellos, viendo con los ojos de la fe muy esclarecida por la lumbré extraordinaria, que habían de recibir al mismo Jesús bajo las especies de pan, que con dificultad se hubieran atrevido á comerle, si no se hubiese anticipado en esto Jesús. El cual les enseñó, al mismo tiempo, de un modo práctico la reverencia, devoción y modestia con que debían comerle, haciendo grande diferencia entre este pan y el otro que anteriormente habían comido. Demás de esto, quiso el Señor en esta ocasión proceder del mismo modo que se había conducido en todos los acontecimientos de su vida, enseñando antes con el ejemplo lo que después había de imponer como un precepto, predicando con la obra primero que con la palabra, y,

así como quiso ser bautizado antes de dar el bautismo á otros, así quiso comulgarse á sí antes de dar la comunión á otros. ¡Oh, qué reverencia y devoción tan grande mostraría exteriormente, cuando llegaba aquel bocado á su boca, mirando la divinidad que estaba junta con la carne que allí recibía! ¡Oh, qué nuevos júbilos de alegría brotarían de su ánima santísima, al tiempo que se comió á sí mismo, por el grande gozo que se le acrecentó de haber instituido tan admirable Sacramento! Mira tú en este perfectísimo dechado cuantas veces hayas de acercarte á este sagrado convite; contempla la reverencia, devoción y amor de Jesús, y esfuérzate en imitar estas disposiciones. ¡Oh dulce Jesús! ¡Quién pudiera recibirnos con el amor y reverencia con que Vos os recibisteis, imitándola en el modo que puede ser imitada! Esta, Dios mío, os ofrezco por la que á mí me falta, y por ella os suplico me deis la mayor parte que fuere posible, pues toda será muy debida á tan soberana Majestad. ¡Oh cristiano! Mira el modo cómo comulga tu divino Maestro. ¿Deseas imitar las disposiciones interiores y exteriores con que hace este solemnisimo acto? ¿Qué propósitos te convienen?

Epilogo y coloquios.—¡Qué día tan memorable, qué momento tan precioso fué para los Apóstoles y para todo el mundo aquel en que Jesús instituyó el Santísimo Sacramento! Los Apóstoles fueron los primeros que lograron la dicha de sustentarse de éste sagrado manjar. ¡Con qué reverencia y devoción lo tomarían! Jesucristo, que acababa de hacer una mudanza tan milagrosa en la substancia del pan, convirtiéndola en la de su sacratísimo cuerpo, hizo otra no menos portentosa en los entendimientos de sus ignorantes discípulos, comunicándoles una luz tan nueva, que conocieron el misterio obrado en aquel pan divino que el Señor les ofrecía, cambiándolos de ignorantes en sabios, de incrédulos en fieles, de duros en dóciles á sus enseñanzas. Y al ver los Apóstoles que su mismo Maestro que tenían delante de sí, velado bajo las especies de pan, quería entrar en su corazón, sintieron nacer en su espíritu vivisimos sentimientos de reverencia, devoción, amor, confianza, dolor de los pecados y humildad profunda. Con estos afectos recibieron aquella divina comida, animados con el ejemplo de su santo Maestro, que quiso antes que ellos comer su propio cuerpo. ¡Oh, si tú, al acercarte á la sagrada comunión, supieras apropiarte los afectos santos que embargaban los ánimos de los discípulos del Señor en esta ocasión! Si llegaras á imitar el modo cómo Jesús se comulgó á sí mismo; aquella profunda reverencia que tenía á la divinidad escondida en aquel pan consagrado; aquel santo fervor con que le introdujo en su mismo pecho. Por desgracia, en lugar de tales afectos, tu mente se halla distraída, tu corazón frío, tu imaginación estérilmente ocupada. ¡Ah! ¡Si recibieras la visita de Jesús, cuando menos de aquel modo con que recibes la de un personaje

distinguido! Suple con humilde confusión lo que te falta de devoción y amor; haz propósitos de reformarte en esto, y para alcanzarlo, pide la gracia que necesites, y ruega por todas tus obligaciones y por las de todos aquellos que te han recomendado.

23. — CONSAGRACIÓN DEL CÁLIZ.

PRELUDIO 1.º Después de la consagración del pan, Jesús consagró el vino, convirtiéndole en su preciosísima sangre.

PRELUDIO 2.º Representate á Jesucristo consagrando el cáliz.

PRELUDIO 3.º Pide la gracia de conocer las grandezas encerradas en el cáliz de la sangre de Jesucristo.

Punto 1.º *El cáliz consagrado muestra la infinita caridad y omnipotencia de Cristo.*— Considera cómo Jesucristo, después de la consagración del pan, tomó en sus manos un cáliz de vino y convirtiéndolo en su sangre, diciendo: «Este es el cáliz de mi sangre, del nuevo Testamento, que por vosotros y por muchos será derramada, en remisión de los pecados». En las cuales palabras resplandecen primeramente la infinita caridad, liberalidad y omnipotencia del Señor, el cual quiso poner toda su sangre, sin dejar una sola gota en el cáliz, para nuestro regalo y sustento. Bastara, sin duda, para nuestra santificación que en el cáliz estuviera tanta cantidad de sangre cuanta era la del vino, ó una sola gota de ella; pero no quiere sino que esté allí toda la sangre de sus venas, la que entonces tenía, y ahora tiene en su cabeza, corazón y brazos, y en todo su cuerpo, dándonosla toda generosamente, sin dejar nada, mostrando en esto su amor y largueza, y convidándonos para que nosotros también le demos toda nuestra sangre, si fuese menester, para su servicio. Mas, no se satisfizo con esto la caridad del Señor, porque, no sólo quiso darte la sangre, sino la vasija preciosísima en que está. Como si un príncipe convidase á beber con un excelente vino en una taza sembrada de piedras muy preciosas, y dijese: «Toma el vino y también la taza», así este divino Señor te da su preciosa sangre y también la copa ó vaso en que está, que es sus venas, su carne y cuerpo santísimo, con su ánima y divinidad, para que todo sea tu comida y bebida. Pero, para la atención en la palabra *mei*, de la sangre mía, no ajena, sino propia; en la cual se ve su caridad, bien diferente de la de los reyes de la tierra, los cuales beben la sangre ajena de sus vasallos, y de ella hacen liberalidades, y á costa de ella defienden sus tierras, y conquistan las ajenas; pero Cristo nuestro Señor con su sangre preciosa da de beber á sus vasallos, de ella hace franquezas y liberalidades, y con ella gana tesoros y reinos para ellos. ¡Oh Rey soberano, no tirano, sino Padre, y Padre amantísimo, que con la sangre de vuestras venas dais la vida y sustento á vuestros vasallos é hijos, para que todos seamos

de vuestra real sangre, haciéndonos, como dice san Pedro, «linaje escogido, real sacerdocio, gente santa!» ¡Oh! ¡Sitodo el pueblo cristiano conociera su linaje y sangre, y se preciase de ella, bebiendo vuestras santas y generosas virtudes! ¡Oh! ¡Si á lo menos reconociera y agradeciera yo vuestras infinitas misericordias! ¿Qué os daré, Señor, en retorno de tales y tantos beneficios?

Punto 2.º *Jesús, con su sangre, confirmó su nuevo Testamento.*— En este punto puedes considerar cómo Jesús llamó al cáliz de su sangre el nuevo Testamento, porque con ella quiso confirmar las promesas y legados que en él hizo á los hombres. Pondera la excelencia del nuevo Testamento sobre el viejo, porque éste estribaba en sangre de animales, en cuanto figuraban la sangre de Cristo; pero el nuevo estriba en la misma sangre de Cristo, en la cual está fundado, establecido y confirmado. Jesucristo, en la noche de la Pasión, hizo su Testamento con muchos legados y promesas de infinito valor, porque abrazan todos los tesoros de gracia y gloria que tiene Dios, para repartir con sus escogidos. En este Testamento te prometió perdón de los pecados y, por consiguiente, de las penas merecidas por ellos. Prometió también la gracia y adopción de hijos de Dios, con la caridad y todas las virtudes y dones del Espíritu Santo, y la herencia del cielo, que es la eterna bienaventuranza; y que oíría tus oraciones, y asistiría contigo á tus trabajos, para ayudarte en tus obras. Y de todas estas promesas y legados quiso que esta sangre fuese la firmeza, prendas, arras, escritura y carta de privilegio, por la cual has de cobrar lo que Cristo te ganó, y lo que te prometió y dejó por legado en su Testamento. Demás de esto, en el mismo Testamento te dejó Cristo nuestro Señor grandes avisos y consejos, el nuevo mandato del amor de unos con otros, la observancia de sus preceptos, y lo que pertenece á las obras de humildad, paciencia y perfección cristiana. Para todo esto vale la sangre de este cáliz, y por ella alcanzas fuerzas para cumplirlo, procurando, como dicen, tener sangre en el ojo, y preciarte de ser siempre valeroso en su servicio. Teniendo todo esto presente, cuando dices misa, ó la oyes, ó comulgas, has de ofrecer confiadísimamente esta sangre al Padre eterno, para alcanzarlo. ¡Oh Padre eterno! La sangre de este cáliz preciosísimo os ofrezco y presento como escritura y señal del testamento de vuestro Hijo, en el cual me prometió que me daríais lo que pidiese; y pues Vos sois el testamentario, cumplid en mí su testamento, concediéndome lo que os pido. Dadme vuestra gracia copiosa, que borre mis pecados y me llene de virtudes; vuestra fortaleza, que me ayude á seguir los consejos que me dió vuestro Hijo, hasta la muerte. ¡Oh alma devota! Teniendo esta sangre divina que clama misericordia, ¿desconfiarás de poder alcanzarla? ¿No te aprovecharás de su eficacia?

Punto 3.º *La sangre de Cristo es la que nos lava de los*